



## Relación de la Cantiga nº 193<sup>1</sup> con dos milagros<sup>2</sup> de la época

María Jesús LATORRE RODRÍGUEZ

Grupo de Investigación retórica Medieval, HUM 499.

Universidad de Granada

Varias *Cantigas* comienzan dando noticia de un *milagro*, así sucede con la número 193, la seleccionada para este artículo: “y, de esto, os diré un grande y verdadero milagro que hizo Santa María, Madre del Rey justiciero...”.

<sup>1</sup> Ediciones utilizadas para la *Cantiga*: ALFONSO X, EL SABIO: *Cantigas de Santa María*, versión castellana, con introducción y comentario de J. FILGUEIRA VALVERDE, Madrid, Castalia, Odres Nuevos, 1992, 313-315. ALFONSO X EL SABIO: *Cantigas de Santa María*, II, edición, introducción y notas de W. METTMANN, Madrid, Clásicos Castalia, 178, 1989, 223-225. ALFONSO EL SABIO: *Cantigas*, edición de J. MONTOYA MARTÍNEZ, Madrid, Cátedra, Letras hispánicas, 293, 1988.

<sup>2</sup> Para los *Milagros* de Gonzalo de Berceo: *El libro de los milagros de Nuestra Señora*, edición crítica y estudio por J. MONTOYA MARTÍNEZ, Granada, Publicaciones del Departamento de Historia de la Lengua Española, Series Philologica, 1986, 188-194. GONZALO DE BERCEO: *Milagros de Nuestra Señora*, versión de D. DEVOTO, Madrid, Castalia, Odres Nuevos, Madrid, 1981 (7ª), 103-107. J. JOINVILLE, (J): *Le livre des saintes paroles et des bonnes actions de saint louis*, edición revisada por N. L. CORBERT, *Saint Louis: Le temoigne de Jehan, seigneur de Joinville*, Quebec, Nāanan, Les chroniqueurs français du Mogen Âge, 1977. Esta obra fue traducida al castellano por un criado y vasallo de la reina Isabel de Valois, J. LEDEL, (L): *Chrónica y vida del rey sant Luis de Francia, nieto del rey don Alonso [octavo] de Castilla, traduzida de lengua francesa en castellano, y dirigida a la magestad de la reina doña Isabel nuestras señora, segunda deste nombre*, Toledo, Francisco de Guzmán, 1567. A su vez, ésta fue objeto de mi tesis doctoral, bajo el título *Chrónica y vida del rey san Luis de Francia (cotejo con la edición de D. José Coornide de Saaavedra y el original de Joinville)*, edición, estudio y notas de M<sup>a</sup>. J. LATORRE RODRÍGUEZ, Granada, Adhara, Romania, Serie textos, 02, 1996.



No cabe duda que al establecer esta referencia se hace mención a la clásica diferenciación entre las *Cantigas* de milagros y las de loor: *las Cantigas de Santa María*, tal como anotó Jesús Montoya. Al igual que acontece con la literatura de los milagros en general “participan del convencimiento de la mentalidad religiosa medieval, en la que cualquier acción divina operada entre los hombres redundaba en alabanza de Dios (Sal. 92) y de sus intermediarios, los santos, y en el caso de las *Cantigas*, en alabanzas de María. La literatura de los milagros es, en cierto aspecto, continuadora de la tradición semita presente en la Biblia, según la cual «alabar» es tanto como «confesar» o «afirmar». El confesar cualquier acción salvífica a favor del pueblo o de un individuo era al mismo tiempo una alabanza a Dios. Aquí narrar cualquier milagro operado por intercesión de María era una alabanza, un loor de la Virgen”<sup>3</sup>.

Considero necesario realizar una contextualización literaria de época en la que las *Cantigas* empezaron a gestarse, así como una panorámica de la Historia y la Cultura, especialmente referirme al fenómeno de las Peregrinaciones, que tanto se cita en la literatura medieval, en los *Milagros* y la *Cantiga* escogidos.

El Medievo, de religiosidad acendrada, ofrece al lector y al público un rico panorama literario. El siglo XIII fue una época de esplendor, no sólo en Castilla, también en el país gallo. La Historia y la Crónica (a veces, bajo la forma de crónicas familiares o memorias) pronto intentaron diferenciarse, así como la novela. A ello contribuyó el aumento del número de lectores y que la primera fuese contada en lengua vulgar. Destacan la prosa francesa y la española, debido, entre otros factores, a la afanosa labor de dos grandes impulsores: Alfonso X, en Castilla y los Capeto, en Francia, que deseaban perpetuar sus hazañas mediante grandes crónicas. El auditorio al que presentar tales testimonios era muy variado; la poesía y la novela se aburguesaron y los escritores dedicaron sus obras a grandes señores<sup>4</sup>. Las Cruzadas se convirtieron en una materia narrativa bastante atractiva, a la que se añadió vivacidad, sobre todo a partir de la cuarta, momento en el que se improvisan cronistas que *oyeron y vieron* lo que escribieron<sup>5</sup>. Así, la literatura popular adquirió un gran auge, al igual que la popularidad de los santos y las reliquias. La curiosidad del hombre medieval por tales leyendas hizo que éstas se fueran configurando en un importante corpus literario:

<sup>3</sup> J. MONTOTOYA MARTÍNEZ, *Cantigas*, 20-21.

<sup>4</sup> G. PARIS, *La poésie du Moyen Âge (leçons et lectures)*, Paris, Hachette et Cie, 1887 (2ª), 27. F. BRUNETIERE, *Le Moyen Âge. Manuel de l'histoire de la littérature française*, Paris, Ch. Delagrave, 1899, 10 y 11. J. CH. PAYEN, *Le Moyen Âge, Littérature française*, 1, Paris, Arthaud, 1984, 18-19 y 48-49. P. LE GENTIL, *La littérature française du Moyen Âge*, Paris, V2, Armand Colin, 1872 (4ª revisée), 139-141. P. ZUMTOR, *Essai de poétique médiévale, Poétique*, Paris, Éditions du Seuil, 1972, 15.

<sup>5</sup> P. LE GENTIL, ob. cit., 9.



## Relación de la Cantiga nº 193 con dos milagros de la época

la hagiografía, en la que influyeron decisivamente las Órdenes Mendicantes y Redentoras, sofocando movimientos heréticos<sup>6</sup>. El culto a la Virgen, sus inquietudes y aspiraciones religiosas, convergieron en aspectos doctos y populares, lo que conllevó el gran desarrollo del género de los milagros, hasta el punto de constituir éstos materia literaria en las *Cantigas*, compartiendo varias de sus características<sup>7</sup>, como leeremos más adelante.

Por otra parte, mencionar los libros de viajes y de caballería, en los que la aventura, considerada como destino personal y social, implicaba la exaltación de la nobleza.

Toda esta literatura mágica y maravillosa aumentaba la fantasía, la imaginación del hombre medieval, así como el descubrimiento de mundos nuevos, que daban respuesta a su mente y a su alma, mostrando, por consiguiente, ansiedad por conocer otras geografías y hacer vibrar su sensibilidad.

Este panorama fue tenido en cuenta en la Corte del Rey castellano, Alfonso X, mediante la intensa labor de recopilación que él y sus sabios hicieron.

En el siglo XIII, masivo en el género didáctico-literario, varias narraciones formaron parte de ejemplarios, muy utilizados por los monjes en su predicación, incluso el perteneciente al de los sermones adquirió un desarrollo destacadísimo.

La *Cantigas* podrían haber sido utilizadas como ejemplos, por lo que también adquirirían el valioso potencial de constituirse y caracterizarse como vehículos de transmisión de dogmas religiosos, de virtudes cristinas de difícil retención, participando, por tanto, del discurso teológico y doctrinal de aquél y de su finalidad persuasiva<sup>8</sup>.

Mención especial y presencia muy significativa en las mismas –también en el milagro mariano– tendrá el marco de la Literatura Provenzal, que cantaba a un amor, casi siempre tradicional, sujeto a unas reglas y fórmulas que servían de expresión al trovador. La influencia en el lenguaje es de valorar en aquéllas, así como el jeu-parti, los dits, la tensó, el virelai, y un largo etcétera<sup>9</sup> que, por motivos de espacio, no expondré.

<sup>6</sup> F. BAÑOS VALLEJO, *La hagiografía como género literario en la Edad Media. Tipología de doce vidas individuales*, Oviedo, Departamento de Filología Española, 1989, 28, 48-49 y 97-99.

<sup>7</sup> J. MONTOYA MARTÍNEZ, ob. cit., 18-31; También en *El libro de...*, 10-25.

<sup>8</sup> P. ZUMTHOR, ob. cit., 396. J. T. WELTER, *L'exemplum dans la littérature religieuse et didactique du Moyen Âge*, Paris-Toulouse, 1927, 1 y sigg. F. BAÑOS VALLEJO, ob. cit., 100 y 124. M<sup>a</sup> J. LACARRA, *Cuentística medieval en España: los orígenes*, Zaragoza, Departamento de Literatura española, 1979, 41-44. J. MONTOYA MARTÍNEZ, *El libro de...*, 24; también en *Cantigas*, 38.

<sup>9</sup> G. PARIS, G, *Esquisse historique de la littérature française du Moyen Âge (depuis les origines jusqu'à la fin du XV siècle)*, Paris, Armand Colin, 1913 (2<sup>a</sup>), 173-174. P. ZUMTHOR, ob. cit., 158 y 175.



Me detendré, sin embargo, en el impacto de las Peregrinaciones, y en idea de Cruzada, ya que ambos caminos ofrecen los marcos de referencia esenciales para ser entendidos y valorados la *Cantiğa* y los dos *Milagros* propuestos en este estudio. Recordemos que la Cruzada se convocaba mediante la predicación y los que tomaron parte en ella lo hacían movidos por varias causas. Para el Abad de Cluny la peregrinación tenía por objeto específico la visita de los Santos Lugares. Jerusalén se ofrecía como el mejor itinerario del verdadero caminante hacia Dios. Pedro el Venerable así lo expresó cuando animaba a recorrer los mismos parajes por donde nació y murió Jesús y su Madre, en las condiciones que según el momento tocaba vivir, por medio de un esfuerzo humilde, perseverante y diario de ascesis. Jerusalén podría encontrarse, pues, en el alma del cristiano. Para ello, significaba mucho la motivación del amor más puro y la emoción. La auténtica peregrinación tenía por fin la veneración: acto gratuito y desinteresado del fervor, de la devoción del deseo. Tal fervor consistía, para el peregrino, en una acción de alabanza, en una especie de cumplimiento exagerado de acción de gracias, en una adoración contemplativa de Dios, en la que importaban el sacrificio de la ruta en sí y el ser asumida por el ministerio de los santos. También la Ciudad Santa presentaba para el cristiano otra visión o camino, instalada en el presente de la guerra y de las campañas militares. Es aquí donde cobra sentido relacionar estos viajes especiales con la Cruzada. Las peregrinaciones se realizaban a través de unas rutas regulares en las que se practicaba un importante comercio, realizado, fundamentalmente, por venecianos, pisanos y genoveses, los grandes beneficiarios de tales desplazamientos, que más bien eran un enlace entre los señoríos de Tierra Santa y Europa. El Mediterráneo fue el centro de un gran comercio de la época, ya que a través de él se intercambiaban tapices, azúcar, tinturas, perlas, porcelanas, metales preciosos, tejidos de Damasco, animales exóticos, técnicas de artesanía, etc. Los mercaderes se enriquecían obteniendo grandes beneficios y acudiendo con frecuencia al fraude<sup>10</sup>, como tendremos ocasión de leer en el estudio comparativo. Demasiadas reliquias formaron parte de un mundo especulativo y otras tantas fueron llevadas a Constantinopla. A costa de ellas se desarrolló un amplio tráfico, así como expediciones para conseguirlas. Las prácticas de robarlas y de falsificarlas se constituyó en un hecho cotidiano, con lo que la

<sup>10</sup> H. BRECS, P. GUICHARD y R. MANTRAN, *Europa y el Islam en la Edad Media*, Barcelona, Crítica, 2001, 123-127, 187-189, traducción española de M. TRÍAS y otros. P. S. VIVES, *Las nuevas fronteras*, Madrid, Cuadernos de Historia, 16, 1985, 6-10. G. LANSON, *Historia de la Edad Media*, Madrid, Daniel Jorno, 1919, 623-626, traducción española de D. VACA. M. BLANCPAIN y J.-P. COUCHOUD, *La civilisation française*, Paris, Hachette, 1957, 88.



## Relación de la Cantiga nº 193 con dos milagros de la época

Iglesia se vio indefensa, adoptando en ocasiones una posición permisiva junto al reforzamiento de la fe, ya que el peregrino que acudía a Jerusalén también lo hacía para purificar su espíritu.

La peregrinación espiritual fue alentada por la labor propagandística realizada por la abadía de Cluny (desde el año 910), notablemente asentada en la nobleza francesa. Los mismos comerciantes servían de enlace entre Oriente y Occidente, el Mediterráneo se convirtió en un hervidero de continuos peligros, donde los piratas campaban a sus anchas, por lo que para los romeros supuso una fuerte y peligrosa amenaza. La flota bizantina acabó con buena parte de esta práctica, sobre todo a partir del siglo X, en el que se reanudó el comercio entre Siria y Egipto. Desde este momento los barcos griegos e italianos navegaron con bastante tranquilidad por aquellas aguas y el pasaje para los peregrinos resultó más económico y seguro. La veneración de reliquias se encontró estrechamente relacionada con objetos materiales, considerados mágicos, pues nada más mostrar al santo la afición, el enfermo curaba, con lo que se expresaba el agradecimiento. Gran número de abadías fueron levantadas sobre restos o apariciones. Estaba dotado de destacables privilegios religiosos y civiles el rescate de los Lugares Santos, especialmente Jerusalén y la Santa Cruz; se alzaba con fuerza y resonancia el lema siguiente: “el que no toma mi cruz y me sigue no es digno de mí” (SM 10,38).

Además, el peregrino o romero en Tierra Santa buscaba en su desplazamiento a Jerusalén anticiparse al Paraíso perdido y a la eterna beatitud que le aguardaban después de la muerte; ansiaba disfrutar la reparación de sus pecados<sup>11</sup>.

Pero con la Cruzada y la peregrinación se irá más allá del término agustiniano de guerra santa o justa, justificada para defender o recuperar bienes robados. No es extraño, pues, que el personaje de la *Cantiga* expresara que desde que recibió el milagro dedicó su vida a *servir a María en esta guerra*. Se observa en el texto la institucionalización de un tipo de belicosidad que agradaba a Dios, una acción virtuosa que contaba con su favor.

A partir de la segunda mitad del siglo XII habría que legitimarla; desde la segunda del XIII se omitieron implicaciones militares de la peregrinación a Tierra Santa. Tal actitud es mostrada en los relatos estudiados, pues en cierta manera

<sup>11</sup> R. OURSEL, *Caminantes y caminos (las rutas hacia Santiago de Compostela)*, Madrid, Encuentro, Europa Románica, 1985, 242.-251, traducción española de V. BASTOS. A. BIGLIERI, “Peregrinos y cruzados en la Gran Conquista de Ultramar”, en *Literatura y cristiandad* (homenaje al profesor Jesús Martínez Montoya, con motivo de su jubilación), Granada, Editorial Universitaria, 2001, 497-509, especialmente 498-499. G. SCHENURER, *La Iglesia y la civilización occidental en la Edad Media*, 1, Madrid, Ediciones Fax, 1955, 62, traducción española de M. de AZAOLA.



son descritos modelos económicos y sociales de la Europa del momento, donde las clases populares mostraban su interés por abandonar su pobreza y embarcarse en nuevas ilusiones. En el *Milagro* de Berceo, por ejemplo, se aprecia, a través del personaje del obispo, la fuerza del Papado. Éste impulsó las Cruzadas por razones más políticas que religiosas, para consolidar su poder frente a las monarquías europeas. Pretendía reunificar la Iglesia Católica Occidental con la Ortodoxa Griega y así cerrar las heridas del Cisma de Occidente.

Realizada la exposición de los entornos histórico, literario y hagiográfico, me adentraré en el estudio de la *Cantiga* 193 y su relación con los dos *Milagros*: el 22 de Berceo y el contenido en el capítulo 74, [56V]-[57R] de Joinville. Para ello, en la siguiente tabla comparativa expongo el contenido de cada una de las piezas literarias antes mencionadas, lo que deseo facilite su estudio y sus relaciones.

La *Cantiga* pone de manifiesto que la Cruzada se convirtió en uno de los fines de Occidente, muy especialmente de Francia, que se alzó como una de las más interesadas, con un Rey que la posteridad levantó a la categoría de santo<sup>12</sup>. Gracias al elevado número de viajeros que a ellas acudieron, varios de renombre literario, entre ellos el cronista de san Luis, conocemos los testimonios de las gentes que participaban, sus tribulaciones y las diversas incomodidades que el viaje generaba, que importaban poco.

Comienza exaltando a María: “*sobre las honduras del mar y en las alturas de la tierra, tiene poder la Madre del que todo lo abarca. Y, de esto, os diré un grande y verdadero milagro que hizo Santa María*”. Seguidamente, recoge el hecho relatado:

<sup>12</sup> El rey Luis IX de Francia (1214-1270) se sintió animado por el llamamiento de Inocencio IV (Concilio de Lyon, 1245) para rescatar Jerusalén. Buena parte de su familia, en nuestra Península, realizaba su propia Cruzada. Su primo Fernando III el Santo (1217-1252) en 1248 incorporó Sevilla al reino de Castilla y su hijo, Alfonso X, la continuó (1221-1284). Consuegro de Jaime I de Aragón (1213-1276), éste conquistó Mallorca (1229) y Valencia (1238). Tales hechos son referidos por Joinville: L, 4, [I4V], 29b-32b; 16, [12R]-[12V], 33b-16a); también por E. MITRE, *La España medieval, Sociedades. Estados. Culturas*, Madrid, Fundamentos, 63, Istmo, 1984, 159-172, 192, 195 y 245. J. VALDEÓN BARUQUE, *Historia general de la Edad Media (siglos XI-XV)*, Madrid, Mayfe, Manuales universitarios de Historia, Siglo XXI, 1984, 127 y 129. Su abuelo materno, por otra parte, Alfonso Octavo el vencedor de las Navas de Tolosa, influyó bastante en sus decisiones políticas, especialmente en la tarea de realizar su propia Cruzada. No sólo la llevó a cabo contra los albigenses, también en el Oriente, realizando y cumpliendo tal voto, si salía con vida de una grave enfermedad que contrajo en Pontoise, en 1244, año en que Jerusalén fue arrebatada a los cristianos por el sultán de Egipto: “parecióle ser cosa injusta quedar él solo en sosiego, y no hazer servicio tan agradable a Dios, por lo qual determinó de hazer la santa romería de allende el mar (...) Después se cruzó haziendo voto solemne de ir contra los infieles” (L, 17, [12V], 4b-34b).



## Relación de la Cantiga nº 193 con dos milagros de la época

“y, de esto os diré un grande y verdadero milagro que hizo Santa María, Madre del Rey justiciero, cuando el rey Luis de Francia pasó por primera vez a Túnez”.

Los tres relatos cuentan el hecho de un hombre (romero, mercader), que fue a parar al mar, por diversos motivos (robo y asesinato que no llegaron a buen fin, mala suerte, las condiciones adversas de navegación), pero que fue rescatado por la Virgen, quien los protegió de todos los peligros, gracias a su devoción en Ella. Muestran elementos comunes, muy vinculados con la época, aunque el tipo de modalidad textual empleada y la misma estructura en sí los diferencia claramente. Berceo es mucho más alegórico, y con detalle presenta ricas y abundantes etopeyas a la hora de narrar el acontecimiento que, por otra parte, recoge la *Cantiga* en cuestión, con menor profusión literaria, aunque también dos más, se desarrollan en el mismo lugar, Acre: la 33 y la 172:

La 33: “*ésta es cómo Santa María llevó a salvo al romero que había caído al mar y lo guió bajo el agua al puerto, antes de que llegase el batel*”.

La 172: “*ésta es cómo Santa María de Salas libró a un mercader del peligro del mar*”.

BERCEO: MILAGRO XXII	ALFONSO X: CANTIGA 193	JOINVILLE: PÁRRAFOS 650-651
1. El suceso transcurrió en el trayecto de ida hacia Acre: <i>por ir en Ultramar y saludar el Sepulcro, la Vera Cruz orar.</i>	1. Ocurrió cuando <i>el rey Luis de Francia pasó por primera vez a Túnez a combatir a los moros.</i>	1. Joinville califica de <i>nueva aventura</i> la acaecida a un escudero del señor Dragónés. Sucedió por la mañana, durante el regreso hacia Francia.
2. Con alegría salieron los romeros cruzados de puerto, con <i>vientos bonos, oraje muy sabroso, toda la mar pagada.</i> Llevaban buena mar atravesada (pronto llegarían a Acre) cuando una tormenta ( <i>una oriella brava, malvaza</i> ) rompió las naves <i>yuso en el fondón y entró mucha agua.</i>	2. Salió el Rey <i>con gran gente</i> , en navíos. En una de <i>las naves de la hueste</i> , en la que había <i>mucha gente mala</i> , iba un mercader, solo, que traía <i>grandes haberes</i> . Tal gente pensó en matarlo, para <i>dispendiar en la guerra el dinero que traía</i> . Le ataron una piedra en la garganta y lo arrojaron al mar. No se menciona el estado de ésta ni el de las naves.	2. El sol entraba por los resquicios de la ventana y le molestaba en el rostro al burgués de Provenza. Éste le pide a su escudero que la cierre, pero resbaló su pie, al no tener con qué apoyarse; además, la nave era pequeña: <i>n'avoit point de barge de cantiers</i> . Cayó al mar. Se supone que eran buenas, favorables, las condiciones meteorológicas.



BERCEO: MILAGRO XXII	ALFONSO X: CANTIGA 193	JOINVILLE: PÁRRAFOS 650-651
<p>3. Un marinero, <i>leal christiano, bien ligero</i>, salvó a su señor obispo (<i>tomólo por la mano</i>) y a otros <i>bonos omnes</i> de perecer ahogados, trasladándolos a una barca pequeña. Quiso saltar a ésta el <i>romero artero</i>, pero cayó al mar. Todos creyeron que había muerto, junto a otros peregrinos, pues la nave fue <i>somida: fizieron muy grand duelo</i>. Cuando miraron el horizonte, por si volvían a tierra los cadáveres, <i>vidieron palombiellas de so la mar nacer</i> (tantas como muertos), <i>más blancas qe las nieves; creyeron ser almas qe qeríe Dios levar</i>.</p>	<p>3. El mercader <i>ayunaba en las viglias de la Virgen y guardaba sus días</i>, por ello fue salvado. Tan pronto fue lanzado a la mar, llegó la Virgen a socorrerlo. Una nave del Rey, al tercer día, lo vio y lo recogió. Los maleantes fueron ajusticiados al llegar a puerto y devueltos sus haberes al mercader.</p>	<p>3. No se citan cualidades del burgués; hemos de suponer su devoción a la Virgen. Lo vieron caer los de la embarcación de atrás (<i>le veimes</i>). Fue rescatado por la nave <i>capitana</i> y allí contó lo sucedido ante las preguntas de sus compañeros.</p>
<p>4. El romero contó lo sucedido cuando llegó a <i>la ribera</i>: nada más caer al agua, y ver que no se podría librar de la muerte: <i>¡valme sancta María empecé a deçir!</i>. Ella, <i>presta</i> y con <i>placentería</i>, acudió al instante, lo cubrió con un <i>buen panno, de precio</i>. Le crea una barrera entre el agua y su cuerpo, le expresa que piense que está dormido, mediante un ligero diálogo.</p>	<p>4. Un hombre de la nave que lo socorrió le preguntó, cómo sobrevivió bajo las aguas y maldice tal guerra, <i>en que los hombres se matan como a éste que mataron</i>. Cuenta el suceso y que María le tendió un <i>pañó blanco, que me guardó siempre, para que no recibiese daños y por ello me entregué a su servicio en esta guerra</i>. Brevísimos diálogo entre el salvado y el marinero.</p>	<p>4. Puesto que llevaba <i>una legua</i> de ventaja respecto a la nave del Rey, lo vieron caer. El escudero dijo que no tuvo necesidad de nadar ni de pedir consejo, pues tan pronto empezó a caer se encomendó a Nuestra Señora de Valverde: <i>et elle le soustint par les espaules des que il chei, jusques a tant que la galie le roy le requelli</i>. Brevísimas intervenciones del burgués (una línea).</p>
<p>5. María es presentada como señora de los elementos: <i>por valles e por montes, por tierras e por mares</i>.</p>	<p>5. La Virgen se muestra como señora del mar, muy humana y cercana, pues <i>nunca herró ni yerra</i>; así, el agua no lo dañó ni le llegó a su cuerpo. Él confió en Ella: <i>no le falta su merced</i>. Le abrió caminos en el mar, para que no se perdiera y no le tocara el agua ni lo dañara. Es presentada como <i>Señora de la Señoras</i>.</p>	<p>5. Expresamente no se refieren calificaciones de los poderes marianos. El tono narrativo y breve del milagro y la confianza del siervo de María precipitan el final del acontecimiento. Se evidencia la seguridad del auxilio nada más pronunciar su nombre, cierto augurio positivo por el hecho de ser recogido por la nave real.</p>





## Relación de la Cantiga nº 193 con dos milagros de la época

BERCEO: MILAGRO XXII	ALFONSO X: CANTIGA 193	JOINVILLE: PÁRRAFOS 650-651
6. Quienes contemplaron tal suceso se asombraron: <i>santiguáronse todos, fue una estraña cosa</i> . Rindieron a Dios gracias, el “ <i>Tē Deum cantaron</i> ”, <i>desend “Salve Regina” dulcement la finaron</i> . El romero califica tal hecho de <i>rica obra, angelical</i> .	6. Los de la nave <i>quedaron espantados, porque lo habían dado por muerto y lo sacaron vivo, en paz y sin otro daño</i> . Maldicen, al oír el relato, a toda la gente que <i>contra Dios mal yerra</i> .	6. Pensaron los del barco de atrás que lo que cayó al mar podría ser una tienda o una parte de dineros, pues no hacía por nadar, ni pedir auxilio ( <i>une somme ou une bouticle</i> ).
7. El obispo fue testigo de tal acontecimiento, del que no mermó ni añadió nada. Se hizo un escrito, <i>una leyenda muy sabrosa</i> . Su fama atravesó los mares y <i>metiéronla en libros por diversos lugares</i> .	7. <i>Cuando esto oyeron los del navío dieron muy grandes loores a santa María</i> . El Rey castellano otorga al suceso el carácter de histórico: <i>esto fue cosa probada</i> .	7. <i>En l’onneur de ce Miracle je l’ai fet a Joinville en ma Chapelle, et es verrieres de Blehecourt</i> . Después de diez semanas de travesía marítima llegaron los cruzados al Puerto de Yeras, en la costa Provenzal (652: 1-2).

La *Cantiga* no presenta tantos atributos de la Virgen, ni larga es su introducción alegórica, como se puede comprobar en el *Milagro* de Berceo (585-587).

El poeta riojano, *mientras dura el día*, dice unos milagros. María es descrita como “*pozo fondo, Cabdal río/ (en él beben bestias y gentío), acoge en todos los lugares: valles, montes, tierras y mares*” (585); es *Madre gloriosa*. (617, 1; 618, 2). Jesús, *Padre del cielo*, (588, 4) y *Fijo de María* (616, 3). En la *Cantiga*, *Rey justiciero*.

En Joinville, ninguna introducción lo adorna, salvo contar otra *aventura* que aconteció en el viaje, ninguna conclusión en la que se otorguen atributos marianos o se describa al personaje, narra brevemente, lo que lo diferencia claramente de los anteriores. El tono de alabanza, tan elocuente y extenso en el autor riojano, es menor en la *Cantiga*, en cuyo último párrafo se escribe: “*cuando esto oyeron los del navío dieron muy grandes loores a Santa María, Señora de las señoras*”. Expresiones de este tipo conectan con el tono de alabanza de Berceo, casi nulo en Joinville. Sin embargo se perciben influencias del Cister, de Bernardo de Claraval (muerto en 1153) en la forma de concebir a María –actitud un tanto inclinada, como queriendo acoger a su hijo– y en el color del paño<sup>13</sup>.

<sup>13</sup> A. DOMÍNGUEZ RODRÍGUEZ, “*San Bernardo y la religiosidad cisterciense en la Cantigas de Santa María. Con una reflexión sobre el método iconográfico*”, 289-317, en *Literatura y Cristiandad*, 313.317. La imagen de un Dios Padre Justiciero, de majestad terrible, según la autora del artículo, podemos extrapolarla a la *Cantiga*, que lo presentaría, contraria a Claraval, como un Cristo Redentor.



En la Cantiga: “*porque el que en Ella Confía no le falta su merced, lo guardó de tal forma que no sólo el mar, sino que ni siquiera se llegó a él*”. Cargada de amor, compasiva, muy cercana al hombre (peregrino): “*le abrió caminos en el mar, para que no le tocase el agua ni le hiciese daño, y porque Ella creyó que yo podría perderme, luego entre mí y las aguas puso a manera de un paño blanco, que me guardó siempre para que no recibiese daños y por eso me entregué a su servicio en esta guerra*”.

La pasividad del encomendado, característica de los milagros marianos, también se detecta en el de Joinville: “*y quedando así sobre las aguas hasta que llegaron otras naos invocó en aquel mismo tiempo a Nuestra de Balverde, para que le favoreciese, y que ELLLA le había así tenido sobre el agua, sin peligro, hasta que ellos llegaron*”. Este *así*, el original francés especifica que fue *por las espaldas*, se torna en cendal blanco para Berceo: “*Luego fo Ella presta, adusso un buen panno; / panno era de precio, nunqua vid su calanno, / echóme de suso, disso: “Non prendrás danno, / cuenta qe te dormiste o qe yoguist en vano”* (609)<sup>14</sup>.

Respecto al registro de lengua utilizado, la influencia de la Lírica Provenzal es manifiesta en los tres relatos, cierto que con más exhuberancia de términos en Berceo.<sup>15</sup> El servicio amoroso, constatado como una desmesurada recompensa, conecta con el de los devotos de María, con la espiritualidad benedictina del *pietatis affectus* y éste con el de cortesía trovadoresca, que yo matizaría a lo *divino*: protección, ayuda, defensa, fidelidad, lealtad. En la *Cantiga: Señora de las señoras y natural*, así como de todos los elementos. A Ella se le atribuyen actuaciones y reacciones propias de un señor feudal: sale a la defensa de su encomendado, para evitarle daños, pues: “*nunca erró ni yerra*”; su imagen de misericordia es transmitida y se hace cercana a sus oyentes y lectores; por eso son *fechos reales*, en Berceo<sup>16</sup>, *cosa probada* en la *Cantiga*, que además expresa que quien

---

Principal impulsor de la veneración a la Virgen, el monje santo fue un gran contrapeso para la rigurosa Escolástica cristiana. La literatura mariana de la época exaltaba valores cristianos vistos en la Virgen: benevolente, humanista, salvadora, intercesora y misericordiosa. A través de Ella se llegaba al amor, y de éste al camino del Paraíso, frente a la abnegación y renuncia de la Reforma Católica y del Protestantismo.

<sup>14</sup> La expresión *abrir caminos en la mar* ha sido muy utilizada por la Literatura: Jesús lo hizo, también Moisés, cuando le abrió a su pueblo las aguas del Mar Rojo, para huir del faraón. En el 98, A. Machado.

<sup>15</sup> J. MONTOYA MARTÍNEZ, en la nota 42 de *El libro de...*, citando a SAUGNIEUX, expresa que a Berceo habría que relacionarlo con san Alberto (muerto en 1280): “el medio cristiano en el que vivía el autor de los *Milagos* ignoraba ciertamente investigaciones y sistematizaciones del gran teólogo (promotor de la Mariología). Por el contrario, habría sufrido la influencia de los teólogos del siglo XI y la de san Bernardo”. (ob. cit, 27). También Gautier de Coinci habla de este servicio amoroso, como la mejor manifestación de alabanza (ob. cit, 28).

<sup>16</sup> Idem, 30-39.



## Relación de la Cantiga nº 193 con dos milagros de la época

en *Ella confía no le falta su merced*. Por otra parte, el mercader habla de servicio: “*y por ello me entregaré a su servicio en esta guerra*”. En Berceo: *presta y placentaría* (608,3), *mercedes, caridades, virtudes, bondades* (614), *servirla* (618,3), *mercet e galardón* (618,4). En Joinville: la Virgen, al llamarla el camarero, al invocar su nombre, acude “*para que le favoreciese*”.

Respecto al simbolismo del agua en las tres piezas estudiadas —dejamos ahora a un lado los peligros reales y físicos que tales viajes marítimos ocasionaban para la época y para quienes los realizaban— se deduce su poder de salvación, de protección; es un medio en el que se desarrollan sucesos maravillosos, en el que María se muestra Señora del mismo. Observamos unas notas aclaratorias en Berceo, que nos transportan a ese mundo de fantasía, del Paraíso, que conecta nuestros textos con la literatura del Otro Mundo, aunque él es más poético y prolijo en detalles, aspecto que no se detecta en la *Cantiga*, aunque sí en Joinville. El monje escribe a raíz del manto que: “*Nunca tan rica obra vió omne carnal, / obra era angélica, ca non material; / tan folgado yacía como yacía como so cendal, / o como qui se duerme en verde pradal. / Feliz será el alma e bienaventurada, / qe so tan rica sombra fue asolazada; / nin frío nin calura nin viento nin elada / non li dará enojo qe sea embargada. / So esti panno folgan alegres e pagadas, / las vírgenes gloriosas amadas, / qe cantan a su Madre laudes multiplicadas / e tienen las coronas preciosas e onrradas*”. (610–612).; “*nunca en est sieglo vidieron tan buen día*” (616, 4). Este *miracolo*, advierte, “*dizién todos que fuera una estanna cosa*” (617,3). En la *Cantiga* se cita que el mercader arrojado al mar, atado con una piedra en su garganta, permaneció tres días en el agua: “*y yaciendo él en donde la Virgen lo guardaba (...) Cuando los de la nave oyeron hablar quedaron espantados, porque lo habían dado por muerto*”. Respecto al brevísimo *Milagro* relatado por Joinville, el contexto lingüístico del capítulo en el que se inserta adelanta ese *quedaron espantados*: “*cómo se abía así quedado sobre el agua (...), por qué al tiempo que cayó no abía llamado a los de su nao para que le socorriesen, y por qué no se abía él mismo ayudado*”. La *aventura*, el *milagro*, sucede una vez son travesadas las islas de Lampiosa (entre Malta y Túnez) y la italiana de Pantanela (Estrecho de Chipre)<sup>17</sup>, en el regreso de Acre a Marsella. A la primera accedieron san Luis y su tripulación para refrescarse, aprovisionarse y cazar. Se describe una maravilla al alcance de cualquier viajero del tiempo o de la espiritualidad, situada al oriente (el sepulcro de la Virgen también lo estaría en esta dirección, al

<sup>17</sup> La isla de Lampiosa (Lampedusa o Lampadosa), según cita J. COORNIDE DE SAAVEDRA en su nota 80, ya fue conocida por Ptolomeo bajo el nombre de Lampadura, distaba de Malta unas cien millas (ob. cit, 268). Pantanela fue llamada por los geógrafos Pantalaria, entre África y Sicilia, no muy lejos de Susa, ciudad del reino de Túnez, perteneció al de Sicilia. Sus habitantes, en el tiempo del citado erudito, hablaban árabe y vestían a la manera morisca, aún siendo católicos romanos (ob. cit, 81, 268).



este de Jerusalén (Valle de Cedrón, de Josafat o de Getsemaní)<sup>18</sup>. No faltan elementos que nos transporten al ansiado Edén: árboles frutales, fuentes claras, una antigua ermita dentro de una montaña o unas peñas; en definitiva, un Paraíso real; una isla que bien podría ser morada de muertos o retiro deseado frente a las incomodidades y desavenencias que la vida ordinaria presentaban al hombre. Así le ocurrió a un marinero anciano, que decidió quedarse ahí para finalizar sus últimos días, orando y haciendo penitencia, a lo que el Rey accedió, dejándole tres sacos de bizcochos, cuando se percató de su ausencia. Al entrar en la capilla, vieron dos cuerpos muertos, tendidos en tierra, con las manos cruzadas y mirando hacia el oriente (L, 74, [56V], 1a-33a). Sin embargo, en la segunda isla, a la que también llegaron para reponer agua y frutas frescas, se encontraba el peligro musulmán, pues no se gozaba de treguas de paz entre el rey de Túnez (Baibars o Bibars) y el de Sicilia con Francia (L, idem, 34a-28a).

La función de tales narrativas se ajusta a lo indicado por J. Montoya: satisfacer la capacidad de asombro, de admiración del hombre, sin duda, potenciar también la fe popular y la necesidad de obtener respuesta a tantos interrogantes que la vida planteaba, conduciendo todo ello hacia una acción de alabanza, de gratitud<sup>19</sup>.

Respecto a los acontecimientos que narran los textos, pertenecientes a la historia, era cosa normal que el peregrino viajase solo, armado o acompañado, incluso con escolta. Practicando un escarceo por las *Cantiğas*, y deteniéndonos en los peligros que presentaban tales expediciones, Acre o San Juan de Acre<sup>20</sup> es referido con bastante frecuencia, no sólo en ellas, también en el género de los *Milagros*. Era muy habitual que el viaje conllevara todo tipo de contratiempos, verdaderos antagonistas en nuestros textos: mar embravecida, tormentas inmensas, naves mal provistas –algunas, sin refuerzos–, romperse los fondos de las mismas y encallar<sup>21</sup>, el robo y la peligrosa piratería, (*dispendiar en la guerra el dinero que traía*), la mala suerte (*resbalar el pie*), etc., motivos más que suficientes

<sup>18</sup> A. BIGLIERI, ob. cit., 504.

<sup>19</sup> J. MONTOYA MARTÍNEZ, *El libro de...*, 18-19.

<sup>20</sup> Acre, en la actual costa de Israel, en el Mediterráneo, cerca de la Bahía de Haifa. (distrito del norte de Israel). Balduino I de Jerusalén la conquistó en 1104, Siria en el 1187, en la tercera Cruzada, pasó a denominarse San Juan de Acre. En el 1291 fue asaltada por los mamelucos. El 17 de mayo de 1948, en el marco de la Independencia de Israel, fuerzas de la Hagahah la tomaron, quedando incorporada al Estado Israelí y pasando, desde entonces, a denominarse según su nombre hebreo, Akko.

<sup>21</sup> *La gran conquista de ultramar* refiere acontecimientos de este tipo. En el capítulo CDXII se escribe que cuando san Luis llegó a Damietta (1249) hubo un gran temporal en los puertos, que dispersó a la tripulación y a las naves. (Edición de P. GAYANJOS (col), Madrid, Cuarto libro, Atlas, Biblioteca de Autores, 1952, 244).



## Relación de la Cantiga nº 193 con dos milagros de la época

y para que se maldijeran estas acciones, pues se hacía uso y abuso de botines de guerra; como bien detalla la *Cantiga*: “mal haya tal guerra, en que los hombres se matan como a éste mataron”; “cuando estuvieron en el puerto, hallaron a los traidores, e hicieron justicia en ellos, como en quien tanto yerra. Cuando tal justicia hicieron, le fue entregado al mercader cuanto le habían cogido”.

En las tres fuentes se hace constar la veracidad de los sucesos narrados: abundan las referencias escritas y orales, así como las edificaciones realizadas en honor a la Virgen.

En la *Cantiga* se declara que la fuente utilizada tuvo carácter oral: “y de esto os diré un grande y verdadero milagro que hizo Santa María, Madre del Rey justiciero”.

En Berceo se diferencian tres fases: oral, dramatizada y escrita. La primera: “d’estos tales miraclos aún más vos dizría” (583,2). La escrita, presente en varios versos: “leemos un miraclo de la su santidat /qe cuntió a un obispo, omne de caridat” (586,1-2); “contaron el miraclo de la Madre gloriosa, /cómo livró al omne de la mar periglosa; /dizién todos que fuera una estranna cosa, / finieron en descripto, leyenda muy sabrosa” (617, 1-4); “la fama d’esti fecho voló sobre los mares, /no la retovo viento, pobló muchos solares; /metiéronla en libros por diversos lugares, / ond es oï bendicha de muchos paladares” (619,1-4). Respecto al *Milagro* relatado por Joinville, según él mismo cuenta, ocurrió cuando se regresaba de la Cruzada, una vez pasadas las islas de Lampedusa y de Pantanela. Si nos atenemos a los datos proporcionados por él, la fecha vendría precisada: “descubrimos otra isla llamada Pantanela, en la qual habitaban y vivían moros. Algunos dellos eran vasallos del rey de Sicilia, y otros del rey de Túnez”<sup>22</sup>. (L, 74, [56V], 34a-39a). Por otra parte, expresa que lo hizo pintar en una de sus capillas: “en l’onneur de ce Miracle je l’ai fet peinare a Joinville en ma Chapelle, et es verrieres de Blehecourt” (J, 651,9-11)<sup>23</sup>. El cronista escribe que la travesía duró 10 semanas, desde el 25 de abril al 7 de julio de 1254 (J, 652,1-4), con lo que tendríamos que poner en tela de juicio los datos que Alfonso X ofrece: por primera vez y Túnez se contraponen históricamente. En su primera Cruzada (1248-1254). Luis IX salió del puerto de Aigues Mortes, rumbo hacia Chipre, el 25 de agosto de 1248. Hasta la primavera de 1249 no pudo ir hacia Egipto. Túnez fue el destino de su segunda (1268-1270), en la que halló la muerte. Partió el 4 de

<sup>22</sup> Entre abril y julio de 1254 el rey de Túnez era Bibars, cuyo nombre verdadero era Melik-Rukn-ed- Din; conquistó los castillos francos en Palestina y rechazó con éxito a los ejércitos mongoles invasores (H. H. HONFSTATERN y H. PIXA, *Historia de la Edad Media*, 2, Barcelona, Simón y Montaner, Historia general de la humanidad, 1960, 24).

<sup>23</sup> Nuestra Señora de Valverde según Joinville, maison des Chartreux, en las afueras de París (J, 122, 724; 7-8). Blechicourt, Blehecourt, Blécours, en el Haute-Marne Por otra parte, en París se encontraban los talleres más famosos de Europa, que difundieron las nuevas ideas pictóricas y formales (R. TOMAN, (ed), *El gótico. Arquitectura. Escultura. Pintura*, Germany, Könemann, 1999, 393).



julio de 1270 del citado puerto; el 17 del mismo mes vislumbró la costa africana, penetrando en la rada de Cartago. Murió el 25 de agosto del citado año, cuando esperaba la conversión del emir de Túnez y, con la ayuda de los mongoles, agarrar a los mamelucos. Su última palabra al fallecer fue *Jerusalén*<sup>24</sup>.

*El Milagro* en cuestión, del que se hace eco la *Cantiga*, tuvo lugar en 1254 (viaje de vuelta hacia Francia desde Acre). W. Mettemann al referirla, en su nota nº 7, viene a confirmar nuestras especulaciones: “*la cruzada contra Túnez no fue la primera, sino la segunda que emprendió Luis IX (Saint Louis), y en ella halló la muerte (1270). Joinville (Histoire de Saint Louis, cap. 129) relata un milagro que ocurrió en 1254, al regresar el rey de su frustrada cruzada contra Egipto: un escudero cae al mar y se salva por haberse encomendado a «Nostre Dame de Vauver»*”<sup>25</sup>. J. Valverde Filgueira en el comentario a la *Cantiga*, advierte que el relato estaría vinculado a otros de la vida del santo. Anota que Meyer observó cierta afinidad de la misma con otro episodio narrado por Joinville en 1309<sup>26</sup>. Ello reafirmaría mi suposición al pensar que Alfonso X recogió el suceso antes de que el cronista viera su obra en publicación, presentada, que fue en 1309; razones familiares no le faltaron al monarca sabio, pues su padre, también santo, Fernando III, era primo hermano de san Luis (la madre de éste, Blanca de Castilla y Berenguela, hermanas); estaban muy unidos por ser ambos paladines de la Cristiandad y tener de cerca los testimonios vividos por su abuelo, Alfonso VIII. Así, las familias francesa, castellana y aragonesa se encontraban emparentadas por lazos matrimoniales y, consecuentemente, políticos. Las hazañas de las Cruzadas resultaban atractivas al Rey sabio. El cronista oficial de san Luis escribió su obra *—Le livre des saintes paroles et des bonnes actions de saint Luis—* en el mes de octubre de 1309 (J, 69, 1-2), a petición de la entonces reina de Francia, Juana de Navarra, nuera de Luis IX<sup>27</sup>. Por otra parte, considero importante destacar que han sido consultadas varias obras referidas a los *Milagros* de san Luis y en ninguna se ha observado el mismo que refiere la *Cantiga*, aún después de su muerte, por lo que habrá de considerarse su fuente oral y testimonial<sup>28</sup>.

<sup>24</sup> D. RIVIERE, *Histoire de France (Guides pour tous)*, Paris, Hachette, 1986, 61.

<sup>25</sup> Versión de W. METTEMANN, ob. cit., 224. Este lugar es Valverde, Cabo de Montpislér (Idem, 7, 224).

<sup>26</sup> Edición de F. FILGUEIRA VALVERDE, ob. cit., 313.

<sup>27</sup> Querer mencionar el nombre de san Luis en la *Cantiga* podría ser interpretado como de bastante interés personal por parte de Alfonso X: legitimaría aún más su linaje y le otorgaría, además, atributos de divinidad, pues contaría con la cercanía de otro santo en toda su labor monárquica y creativa.

<sup>28</sup> G. DE SAINT-PHATUS, *Les miracles de Saint Louis*, Paris, édités par. PERCIVAL B. FAY, Paris, Honoré Champion, 1932.



## Relación de la Cantiga nº 193 con dos milagros de la época

Francia iba a la cabeza, con la Corte francesa, sin menospreciar a la castellana. No es difícil imaginar que tal acontecimiento llegara a la de Alfonso X; él y sus colaboradores pudieron, haciendo nuestras las palabras de J. Montoya, *retraer*, recoger sucesos considerados como milagros, que se oyeran frases como “*que eu oi contar*”, “*que eu vi*”, “*que contaron a mi*”, “*oi dizer*”, “*oi contar a uns romeus*”, “*mi contou un clérigo*”<sup>29</sup>; es decir, *milagros o aventuras* que acaecieron muy próximos a él, que sus colaboradores, sus clérigos y hasta su propia familia, por la rama francesa, le pudieron contar. Por otra parte, las relaciones entre la Corte alfonsí y el sur de Italia (en 1250 muere Federico II) tampoco hay que olvidarlas. Carlos de Anjou, hermano de san Luis, instalado allí gracias a la acción del Papado, no echó de su Palacio a los sabios, que querían dar una imagen culta, al estilo de Alfonso<sup>30</sup>. Pienso que pudo existir una transmisión de datos, entre lo contado en Cantiga y lo escrito por Joinville, así como una contaminación hagiográfica, razones lógicas, familiares, literarias e históricas<sup>31</sup>.

<sup>29</sup> Edición de las *Cantigas* de J. MONTROYA MARTÍNEZ, 23–24. Elaboradas entre 1257 y 1283 (ob. cit., 33 y sigg.) Recordemos que Berceo comenzó a escribir sus *Milagros* antes de 1246 y que continuó en ellos después de 1252 (B. DUTTON, “*A Chronology of the Works of Gonzalo de Berceo*”, en *Medieval Hispanic Studies presented to Rita Hamilton*, ed. A. D. Deyermond, Londres, Tamesis, 1976, 67–76).

<sup>30</sup> A. DOMÍNGUEZ RODRÍGUEZ, ob. cit., 304.

<sup>31</sup> J. HERNÁNDEZ SIENA opina que en la hagiografía el milagro constituye un suceso común, que en el género hagiográfico los milagros se repiten, de la Virgen pasa a otros y viceversa; no se puede generalizar y nos encontramos en campos movedizos: lo que para unos parece biográfico, para otros no lo es; y lo que se muestra como milagroso, tal vez sea natural, histórico y biográfico (ob. cit., 284–285).